

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 » » 1 »
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis
los unos á los otros como Yo os he
amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la local-
dad en la librería «La Escolar,» Corrida 73,
y en el comercio «La Epoca» San Bernar-
do 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor
Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

Un aviador original.

—¡Señor Manuel, cuéntenos un cuento hoy que es día de fiesta y no vamos á la escuela!

—No puede ser, perillanes; me ha dicho un pajarito que sabe todas vuestras cosas que esta semana pasada habéis hecho no se cuántas diabluras por ahí.

—No fuimos nosotros, fueron los del otro barrio que nos tienen mucha envidia.

—¿Envidia á qué?

—Pues... á eso... á que somos más y no somos de su barrio.

—Vaya, si me prometeis ser buenos una semana siquiera os cuento una cosa muy bonita, muy bonita que oí yo hace muchos años á un cuentista muy célebre que se llamó Antonio de Trueba.

—¿Sabía tantos cuentos como tú, señor Manuel?

—Más y mejores.

—Bueno, pues hemos de ser formales muchos días, ¡muchos días!

—Y no hacer rabiñar al hortelano.

—¿Hasta cuándo?

—Nunca, que eso no lo manda Dios; los niños deben de ser respetuosos con los mayores en edad y dignidad como dice el Catecismo, y cariñosos con sus iguales. Vereis cómo así, todo el mundo os quiere.

—¿Y con los perros también?

—¿Y por qué habéis de hacer daño á los animales?

—Ayer mi madre mató una gallina.

—Una cosa es eso y otra martirizarlos como lo haceis vosotros. ¡Ea, va de cuento!

—¡Vivaaa el señor Manuel!... Oye tú, Pancraccio, no me tires pellizcos.

—A propósito de esos hombres que ahora se dice que vuelan con unos aparatos. Había una vez uno que voló... sin aparato ninguno. Vereis.

—¿Cómo se llamaba?

—¡Importón.

—¡Uy!

—Allá... una vez, en un pueblecillo, que no se cómo se llama, para que no me lo preguntéis, se presentaba una cosecha de vino extraordinaria, más extraordinaria que otros años...

—¡Qué gusto pa mi padre si lo hubiera sabido!

—¡Silencio! charlatán. Con motivo de esta cosecha tan grande, y de la anterior todavía por vender más de la mitad, andaban los del pueblo muy preocupados.

—¡Qué guapo es el cuento!

—¡Cuánto vino!...

—Al que vuelva á interrumpirme le echo de aquí. Señor, decían ellos, este invierno nos vamos á morir de hambre...

—Pero no de sed... perdóneme, abuelito, no he dicho nada.

—...si el Ayuntamiento no inventa alguna fiesta que sea sonada, algo que no se haya visto nunca, que no sean los consabidos cohetes y novillos y músicos, para que venga mucha gente y se consuma la cosecha pasada y la que está por venir.

Un tío que había en aquel pueblo y que llamaban el tío Manifestaciones, por que á ellas acudía con cualquier motivo, propuso y organizó una manifestación con todos los del pueblo que se fué derechita á los señores del Ayuntamiento á exponerles el caso y pedirles solución al conflicto.

Los del Ayuntamiento, que estaban en una comilona á costa de no se qué pellizcos de contribución á los industriales del pueblo, salieron al balcón de casa del alcalde, al oír el ruido, y enterados de los propósitos del pueblo soberano, contestó por todos los ediles el alcalde, después de deliberar largo rato poco menos que á puñetazos: «Oyentes míos, marchad tranquilos que vuestro dino Ayuntamiento debilitará... de... li... be... ra... rá... con calma y hará algo para acabar con la cosecha de vino bárbara del año pasado y la que nos amenaza más bárbara aun.

Los manifestantes se retiraron dando vivas, y los concejales, con el alcal-

de á la cabeza, siguieron deglutiendo á su sabor y á costa del pueblo.

Juntas iban y juntas venían sin que el caletre de aquellos regidores diera en el *quid* ofrecido al pueblo soberano. Este empezaba á impacientarse y á murmurar de los concejales y del alcalde, que no cumplían lo prometido solemnemente; la cosa estaba á punto de convertirse en motín cuando acertó á pasar por aquel lugarejo un militar licenciado que se presentó al alcalde pidiéndole boleta de alojamiento...

—Si á mi me llamara ahora mi madre, no diba.

—Ni yo, ¡pero qué guapo es este cuento!

—¡Punto en boca, muñecos! Tal parla y astucia demostró aquel soldado que el alcalde encantado de él le alojó en su misma casa, donde, después de tratarlo á «boca qué quieres», le puso al corriente del compromiso que tenía con el pueblo.

—Bah, bah, dijo el soldado, eso lo resuelvo yo fácilmente. Tengo una inventiva para todo que es lo que hay que ver.

Poco faltó al señor alcalde para caer de rodillas y adorarle.

—Mire usted, siguió el soldado, mi habilidad mayor es la de volar hasta perderme de vista, ¡como que en el regimiento me llamaban el *hombre pájaro!*

—¡María Santísima qué habilidad tan rara! dijo el alcalde.

—La cosa es muy sencilla, después de todo. Aprendemos á nadar en el agua, ¿por qué no hemos de aprender á nadar en el aire?

—¡Eso es el evangelio! replicó admirado el alcalde.

—Yo volaré aquí en el pueblo y ya tienen ustedes un festejo llamativo.

—Usted, amigo mío, me ha salvado á mí y á todos los concejales. Voy á anunciarles la buena fortuna que hemos tenido con la venida de usted. Dios le trajo.

Reuniéronse todos los del Ayuntamiento bajo la presidencia del Alcalde y con la asistencia del licenciado. Ex-

puso éste su plan entre muestras de grande admiración y pasmo en sus oyentes, y después dijo:

Nada quisiera cobrarles por este trabajo mío, que bastante agradecido estoy á lo bien que me tratan, pero es el caso que soy pobre y, ya libre del servicio, de algún modo tengo que buscar la manera de vivir. Quisiera en mi pueblo sacar un estanquillo y para ello necesito de algunos cuartejos; no les pido, pues, nada de más si les exijo por volar un par de docenas de onzas de oro y una buena jaquita para hacer el resto del viaje á mi pueblo, después de haber volado y sobre todo para subir al voladero sin cansancio que será aquella peña que desde aquí divisamos.

Parecioles mucho lo pedido, pero advertidos por el hombre pájaro que bastante más sacarían con la gente que vendría al pueblo, una vez anunciado el festejo singular, á consumir las cosechas bárbaras de vino. Aceptaron el trato con la condición expuesta por el hombre pájaro de entregarle las onzas antes del vuelo porque su modestia, decía él, no le permitía volver al pueblo á recibir aplausos después de haber hecho alarde de la gracia que Dios le había concedido.

Aquella noche hubo la gran comida y bebida en casa del Alcalde, y al día siguiente se hicieron los programas que circularon con profusión por los lugares vecinos y lejanos.

Llegó por fin el suspirado día de la gran fiesta; de todas partes...

—¡Contra... señor Manuel, ahí le llaman!

—Hijos míos, tengo que suspender el cuento hasta otro día.

—Le aguardamos aquí hasta que venga.

—No puede ser, tengo que salir para la ciudad con ese caballero que me espera,

—¿Sí? pues yo me voy á pasar el tiempo durmiendo pa que no me rinda.

—¡Rediez! ¿en qué parará lo del hombre volador? ¿Volaría?

TESTAMENTO DE UN BORRACHO

Un infeliz yankee, esclavo del vicio de la embriaguez, sintiéndose próximo á morir, trató de hacer su último testamento, y lo redactó del modo siguiente:

«Dejo á mi padre, que aún vive, dolor y penas.

Dejo á mis hermanos y hermanas, vergüenza y sentimiento.

Dejo á mi esposa trabajos é ignominia.

Dejo á mis hijos, pobreza, ignorancia y embrutecimiento.»

Este original testamento fué librado en Oswego, ciudad de los Estados Unidos, próximo á New-York.

Si esta infeliz criatura hubiese tenido un resto de fé, podía y debía haber añadido.

«Dejo mi cuerpo á los gusanos y mi alma á los demonios del infierno». Tal puede ser el último desenlace de una vida viciosa.

¡Atención, obreros!

Aquel día, era sábado, el rico industrial había querido dejar ultimados asuntos importantes de su fábrica, y cuando se retiraba á su domicilio era ya una hora bastante avanzada.

Iba á pie y despacio, pues deseaba refrescar un poco su cabeza calenturienta con tantos cálculos y combinaciones.

Al pasar por frente de los innumerables despachos de bebidas alcohólicas que en aquel barrio, próximo á su industria, había, creyó oír voces de hombre incomodado y de mujer suplicante. Se acercó y pudo ver, sin ser visto, que un hombre joven y vigoroso, pero en completo estado de embriaguez y llevando en el semblante todas las señales que el alcohol, ese enemigo que no perdona, imprime como sello á sus víctimas, intentaba entrar en la taberna mientras que una mujer joven también, cubierta de harapos, con un niño en brazos y otro agarrado á sus faldas, trataba de impedirle.

—¡Ricardo, esposo mío, por Dios y por tus hijos, no entres ahí á acabar de perderte y de perdernos. Mira mejor por lo que ganas, déjate de tanta bebida y satisface el hambre de estas pobres criaturas que son tus hijos, que no cesan de pedirme pan!.... ¡y no tengo con qué comprarlo!

—Lo que gano, me lo gano yo... yo... solo rompiéndome el cuerpo ¿estás? y por eso mismo me lo gasto como me parece.

—Pero hombre si es obligación tuya el cuidar de la familia que te creaste, ¿por que así la abandonas? ¿Hacían tus padres eso contigo?

—No lo se ni me importa.

—Anda, vente para casa, dame el jornal, que yo te atenderé mejor que esos amigotes que ahí te esperan. ¿Acaso me he portado yo mal contigo alguna vez?.... ¡No entres, no entres ahí, Ricardo mío, ¿dónde mejor que en tu casa con tu mujer y tus hijos?

—No voy... ¡márchate!! Me esperan aquí mis camaradas.

—¿Y no me das siquiera para mendrugos con que alimentarnos? ¿De qué vamos á vivir si tú así nos desatienes?

—¡Márchate, que ya se estan riendo de mí los amigos!

—¡Los amigos!....

—¡Toma, para que largues pronto y no me esperes hasta el lunes.

—¡Infame, cruel, pegarme de ese modo! ¡Callad, hijos de mi alma, callad! Mientras aquel energúmeno, embrutecido en la taberna se metía en ella entre los aplausos de sus compañeros por lo dignamente que había sabido defenderse de la *costilla pigañona*, la infeliz mujer, que había caído en el arroyo, dando un grito de dolor con el fuerte puntapié de su marido, se levantaba sollozando y abrazada á sus dos hijos desapareció en la oscuridad

de la noche. Aun el rico industrial la oyó exclamar: ¡Dios mío, si estos pedazos de mis entrañas han de ser como su padre haciendo desgraciadas á sus familias, llévamelos pronto!

Hondamente impresionado el rico industrial, sintiendo en su alma intenso horror por las bebidas alcohólicas que escenas tan repugnantes producían y desgracias tal ocasionaban, su primer acto á la mañana siguiente fué correr á su fábrica, que era de bebidas alcohólicas, y prenderla fuego con sus propias manos, destruyendo totalmente edificio y maquinaria, y aquel mismo día traspasó todas sus expendedurías á bajo precio con la condición de que en los locales no había de venderse ninguna bebida alcohólica, á la vez que hacía público su propósito de no tolerar que nunca en casas de su propiedad se estableciese ninguna taberna.

No es invención nuestra el caso que referido queda, lo han publicado hace pocos días los diarios de Londres, además que nada tiene de extraordinario para que pudiera ser atribuído á pura fábula. Es tan frecuente allí donde hay tabernas, que lo extraordinario sería que estas escenas no se verificasen. ¡Cuántos hogares se han perdido por las malditas tabernas, cuántos crímenes se han fraguado en ellas y se han consumado por los parroquianos de ellas!

No pretendemos, no, pedir á los taberneros que pongan el remedio que de su parte esté á este mal social; co-cemos la realidad de la vida y, por tanto, sabemos que esta petición á quienes solo desean expender mucho á cualquier costa para ganar mucho, sería inútil.

No pretendemos tampoco llamar la atención acerca de los abusos de la taberna á nuestros gobernantes, pues de sobra vemos que estos dan á aquellas todas las facilidades y excepciones de ley que el sistema liberal, fecundo en desastres de toda especie, consiente y aplica, á cuanto como él sea malo y funesto.

Lo que si pretendemos es que tú, pobre obrero, veas de cuántos enemigos de tu paz y bienestar estás rodeado, y no te dejes engañar por ellos: se fuerte á las seducciones que se te presentan con cara de amigos.

Se empieza entrando en una taberna por compromiso, se continua visitándola por distracción, se sigue luego por costumbre y más tarde por la necesidad del vicio... del vicio que irremisiblemente te llevará á tu total ruina: Estudia casos, obsérvalos, verás que «El Amigo del Pobre» no te engaña, que «El Amigo del Pobre» te aconseja bien por que bien te quiere. Eres nuestro hermano en Cristo, y nuestro hermano desgraciado si la taberna frecuentas. Lo que hoy no te pasa estás expuesto á que te pase mañana. Nuestro Divino Redentor lo ha dicho:

«Quien ama el peligro en él perecerá»
y sobre todo, para el obrero el peligro
mayor está en la taberna.

CALDO CARO

Era la época en que por no haber sido inventados todavía los sellos de correo, las personas que recibían una carta estaban obligadas á entregar al cartero el importe de la conducción.

Viajaba entonces por España un inglés de estos que vienen á entusiasmarse con nuestra Andalucía, y al pasar por cierta calle de Madrid se sintió de repente tan malo que no tuvo más remedio que meterse en la primera casa que encontró. Allí le sentaron en una butaca y le dieron un caldo para que repusiese las fuerzas perdidas.

Pasado el accidente preguntó el inglés al dueño de aquella casa el precio del caldo, y el español pidió una enormidad de dinero que el inglés pagó sin la menor duda.

Pues señor: pasó un mes, y cuando ya nadie se acordaba de lo ocurrido, he aquí que recibe el español un abultado pliego postal por cuya entrega le exigió el cartero la tasa correspondiente, que era buena cantidad de reales.

Abrió la carta nuestro hombre y se encontró con varios papeles blancos y un papelito que decía: «El caldo me parece algo caro.»

El español rió la ocurrencia del inglés. Pasaron dos meses y venido de otro punto distinto volvió á recibir nuestro compatriota otra gruesa carta que le fué entregada previo el pago de los crecidos derechos de conducción.

La carta era como la otra: «El caldo me pareció caro.»

De este modo continuó recibiendo hasta siete ú ocho cartas, en todas las cuales el buen inglés le decía que el caldo era algo caro.

Con lo que el pobre hombre pagó, habría bastante para dar caldo á un batallón.

PULGARCILLO

¡Pobres mujeres!

En las algaradas anticlericales acostumbraban ahora á exhibirse audaces, provocativas y blasfemas algunas desgraciadas mujeres que creen ir así camino de su regeneración y libertad de la opresión (?) clerical, cuando á donde van rápidas es á la más repugnante degradación y esclavitud.

Antes de empezar en el mundo esta bendita religión de Cristo que á todos los hombres hace iguales, libres y dignos, la mujer no era considerada sino como un instrumento de placer, como una *cosa* al servicio del hombre y sobre la que éste tenía derecho de vida ó muerte. Aun hoy se ve donde no rigen las máximas cristianas.

No pudo llegar á menos la mujer en los tiempos paganos, como no pudo llegar á más, dignificada por María, con la religión del verdadero y único Redentor de la humanidad.

¡Pobres mujeres, las que se empeñan en apartarse de la Cruz de Cristo! ¡Triste es su destino!

TRABAJA

Trabaja, joven, sin cesar trabaja:
la frente honrada que en sudor se moja,
jamás ante otra frente se sonroja
ni se rinde servil á quien la ultraja
Tarde la nieve de los años cuaja
sobre quien lejos la indolencia arroja;
su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja
su alma del mundo, al lodazal, no baja.

El pan que da el trabajo es más sabroso
que la escondida miel que con empeño
liba la abeja en el rosal frondoso.

Si comes ese pan serás tú dueño,
mas si del ocio ruedas al abismo,
¡todo serlo podrás, menos tú mismo!

P.

INICIATIVAS SOCIALES

El vulgo de las personas cultas que no suele enterarse de muchas cosas, y que de todas juzga por la impresión de un momento, confunde lastimosamente la reforma social con el socialismo, y cree que todas las instituciones para las clases populares son de iniciativa socialista.

Conviene destruir este error, haciendo observar que todas las reivindicaciones justas que figuran en el programa socialista son esencialmente cristianas, aunque de ello les pese á sus mantenedores: la equitativa remuneración del trabajo, el salario mínimo, la jornada «humana», la participación en los beneficios, el respeto á la debilidad del niño, á los derechos de la mujer, el descanso, etc., reivindicaciones son de carácter moral que proceden de la ética cristiana. El mundo antiguo no las conoció, porque nuestro Salvador fué quien las predicó por primera vez ante las muchedumbres de Galilea.

Si quisiéramos precisar más en este interesante asunto, podríamos enumerar muchas reformas sociales, debidas á la iniciativa de los católicos; pero sólo es nuestro intento citar hoy dos casos por todo extremo interesantes, ocurridos en España.

Uno de ellos se refiere á nuestro gran rey Felipe II, ese *coco* de los amantes de la libertad, á quien llaman los historiadores novelescos el *Tenebroso Solitario del Escorial* y el *Demonio del Mediodía*, pero al que los historiadores sabios y amantes de la verdad llaman el *gran monarca D. Felipe el prudente*.

«Todos los obreros de las fortificaciones y de las fábricas trabajarán ocho horas al día, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde; las horas serán distribuidas por los ingenieros, según el tiempo más conveniente, para evitar á los obreros el ardor del sol, y permitirles el cuidar de su salud y su conservación sin que falten á sus deberes.»

Este reglamento tiene tres siglos de fecha. El otro caso es una bella página de Selgas, que allá por el año sesenta y tantos distribuía donosamente las veinticuatro horas del día en tres periodos de ocho horas cada uno: ocho para trabajar, ocho para descansar y ocho para las exigencias sociales.

De modo que hasta los tres ochos, última fórmula de las reivindicaciones sociales, resulta para sus partidarios de muy discutible originalidad; como que figura en libros de ya lejana fecha que tienen por asunto el trabajo.

CREERÉ EN EL SOCIALISMO

cuando él tenga la verdad; cuando tenga tantos mártires como la Iglesia; tantos sabios como Tomás, Agustín, Suárez, Balmes; tantos santos como Francisco, Domingo, Javier, Ignacio, Alonso; cuando haya pasado por la prueba de veinte siglos y no tenga errores, ambiciones, inmoralidades, etc., etc. Mientras esto no suceda, lo tendré como uno de tantos sistemas falsos que duran lo que la flor.

Charla

—¡Dios mío, Dios mío, pero qué desgraciada soy! ¿Para qué me teneis en este mundo?

—Para sufrir y padecer, Rosario, que este mundo, ya lo dice la Salve, es y será siempre un valle de lágrimas; mirémonos todos en ese ejemplo que tienes ahí ¿no nos dicen nada ese Ecce Homo y esa Dolorosa?

—¿Pero si mis penas no me las dá Dios sinó el arrastrado de hombre que me ha tocado por marido?

—Verdad es, Rosario querida, que muchos de nuestros padecimientos nos los acarreamos por nuestra exclusiva voluntad, los buscamos nosotros mismos con nuestra conducta, desaprensión, desobediencia, etc., etc.

—¿Lo dice V. por mí? Ya está, ya está.

—Entonces si comprendes que hiciste el pecado, cumple resignada la penitencia, mujer.

—¡Tantas habrá como yo!

—Muchas, muchísimas. Cuando jovencitas, no pensais más que en componeros y en *cazar* novio sea como sea. ¿Recuerdas mis consejos al tú empezar á hacer caso de los obsequios del que ahora es tu marido? ¿Recuerdas que te decía yo, como de más edad con más experiencia del mundo: Rosarito, mucho cuidado en la elección de marido; ese joven en quien empiezas á fijarte no te conviene como no conviene á ninguna joven honrada; es borracho, blasfemo, jugador, incrédulo, méritos bastantes para que le des con la puerta en las narices.

—Sí, señora Ramona, me acuerdo bien de sus buenos consejos, pero estamos tan ciegas en esa edad que con tal de tener novio todo lo damos por bueno. También recuerdo que yo le contestaba á V. «si ahora es así, como todos los de su edad, ya se enmendará en casándose, él dice que me quiere mucho y esto me basta.»

—Y yo te contestaba á eso: malos precedentes lleva, *quien malas mañas ha tarde ó nunca las pierde*. Rosarito que has de ser muy desgraciada, busca un rapaz honrado, virtuoso aunque no sea tan buen tipo y no te pesará jamás. Yo así lo hice de joven y hoy vivo relativamente feliz, como que aun no me na dado el primer disgusto y llevo ya veinte y dos años de casada.

—Perdóneme, señora Ramona, el que yo entonces le haya contestado, «el demonio de la vieja esta que en todo se mete; si querrá que me quede para vestir santos.» Desde aquella fecha no volví á derigirle la palabra hasta hace poco que empecé á ver palpable el desengaño y volví á solicitar sus buenos consejos, aunque ya poco ó nada me podían remediar.

—Algo sí, ya lo sabes; te evitaron en más de una ocasión ser víctima de malos deseos, no portarte con tu marido como él se portaba contigo, ni

dar esos escándalos callejeros que otros dan. Rosario, hoy te repito lo de siempre: tú elegiste esa cruz, llévala con paciencia, no te queda otro remedio; cuanto más sufras, cuanto más te haga padecer tu esposo con sus vicios y malos tratos, más tienes que ofrecer á quien infinitamente más sufrió por tí y por todos para darnos ejemplo.

—Hay ocasiones, doña Ramona, que es imposible poder aguantarlo.

—Imposible no, es el demonio que nos lo hace ver así para desesperarnos y ganarnos la partida; él á eso está á perder almas. Nada, nada, firmeza, valor cristiano hasta el último suspiro; que no tenga después el Justo Juez que decirnos al comparecer en su presencia, terminado el camino de la vida: «Yo apuré todo el caliz de la pasión por tí y tú ni siquiera una gota quisiste apurar por mí?»

Porque ¿qué valen todos nuestros sufrimientos comparados con los de Cristo?

—¿Qué tengo de hacer entonces?

—¡Sufrir y calla cuando veas á tu marido exaltado. Cuando esté razonable repréndele dulcemente, hazle ver lo que vale un hogar tranquilo, un hogar donde el hombre y la mujer se aman como deben amarse y obedecen la ley santa de Dios.

—No me hace caso ninguno, señora Ramona, ninguno.

—Con la paciencia todo se alcanza, decía Santa Teresa. Quien todo lo dispone acertadamente ya sabrá lo que ha de darte y hasta cuando te querrá mártir. «Hágase tu voluntad, repite tu muchas veces á ese Ecce Homo, así en la tierra como en el cielo.»

—¿Conseguiré algún día verme feliz?

—Indudablemente si á Dios te sometes en todo y por todo.

—El la oiga.

—Y te oiga á tí.

Solución Socialista

La escena es en la calle del Marqués de Villamejor. (Madrid)

Allanamiento de domicilio.

Respeto á la libertad ajena, apaleando al obrero que no quiera asociarse.

Mandar al hospital á unos cuantos infelices hijos del trabajo, y dejar sin comer á sus familias.

Causar el cierre de la obra, dejando parados y sin pan á los que en ella trabajaban.

Perjudicar en sus intereses al contratista y al dueño de la obra.

Hacer que el capital con estos golpes se refugie en los Bancos y abandone la industria y las construcciones, dejando sin trabajo y sin pan al obrero.

* *

Nos preguntaba un periódico de la Casa del Pueblo que dónde está la tiranía socialista.

Pero ¿tan corto de vista es el colega?

Solución Católica

La escena es en la calle de Valverde, en la obra de la Iglesia que comienzan á construir los RR. PP. Agustinos.

Un maestro católico, de acuerdo con los dichos padres, y en combinación con el Centro Social nuestro, está organizando el asociar al obrero con el contratista, disfrutando aquél del 50 por 100 de los beneficios, á más de gozar de jornales más elevados que los que en Madrid se pagan, y de tener seguros para el paro, enfermedad é inutilización para el trabajo.

Con lo cual:

1.º Reina la paz, armonía y concordia entre todos.

2.º El obrero trabaja más á gusto y con entusiasmo.

3.º Sus ganancias son, sin comparación, mayores.

4.º Ofrece al capital una garantía grande, que le irá inspirando confianza, y le hará afuir á las obras de construcción, donde innumerables obreros encontrarán trabajo, pan para sus familias y bienestar en la vida.

De «El Eco del Pueblo» (Madrid.)

En eso quedamos

No coge uno un periódico liberal sin que tropiece con estas palabras: *hay que resolver el problema religioso.*

Para ellos la solución del problema es esta: hay que hundir en el polvo á toda la gente de sotana.

La razón en que se fundan para hundir y acabar de una vez con la gente de sotana es esta: que el clero tiene la culpa de todos los desastres y de todas las desgracias que nos afligen.

Y tanto nos atruenan los oídos con esa canción, que un amigo mío, picado de la curiosidad, llegó preguntarme:

—Moret, Canalejas, Romanones, y todos los que han sido ministros, y han regido, por lo mismo, los destinos de España, ¿son, ó han sido Obispos?

—No, señor,

—¿Han sido canónigos?

—Tampoco.

—¿Y curas ó frailes?

—Nada de eso.

—¿De modo que no son, ni han sido del clero?

—Que no, señor.

—Fíjese usted bien; porque yo creo que anda usted equivocado.

—Le digo que ni son, ni han sido del clero ni á cien leguas de distancia.

—Pues entonces, los periódicos liberales y todos esos que andan por ahí predicando en los mitins diciendo que la culpa de todos y de cada uno de los males que padecemos la tiene el clero son unos grandísimos embusteros.

—¿Cómo se entiende eso? le pregunté.

—Pues muy fácilmente. Porque si en España no gobiernan ni los Obispos, ni los curas, ni los frailes, sino que las riendas del poder han estado y están en manos muy distintas, la

culpa no será ni de los Obispos, ni de los curas ni de los frailes.

—Bien, ¿y qué?

—¡Pues una friolera! Que esos periódicos, y todos esos que andan por ahí zarandeando lo del bloque, son unos farsantes.

—¿Cómo se prueba eso?

—Oiga usted, y concluyo. Esos periódicos, y esos predicaderos del bloque saben, y si lo ignoran son tontos de remate, saben digo, que los males que padecemos son efectos de la pésima administración; saben también que la administración y régimen de los destinos de España han estado siempre en manos de hombres laicos, liberales, y más ó menos enemigos de la Iglesia, y por consiguiente á estos, y no al clero, hay que echar la culpa de todos nuestros desastres.

—Es verdad.

—Pues entonces ¿quedamos en eso?

—¿En qué?

—En que esos periódicos son unos embusteros.

—Por mí... en eso quedamos.

F.

CATEQUESIS

—¿Cómo castigó Dios á Adán y Eva.

—Los privó de las gracias que les había, concedido, los arrojó del Paraíso, los condenó á padecer, á morir y al infierno.

EXPLICACIÓN.—El entendimiento de Adán y Eva se puso torpe y rudo y se oscureció como perla que cae en el barro. Su voluntad se inclinó al mal, la carne se rebeló contra el espíritu y la naturaleza se volvió contra ellos

—Y ¿qué les sucedió á sus hijos y descendientes?

—Sus hijos y descendientes heredaron su pecado y fueron condenados como ellos á los dolores, á la muerte y al infierno.

REFLEXIÓN.—La sangre de Adán y Eva se corrompió por su crimen, y como todos los hombres proceden de aquella sangre todos nacen manchados con aquel pecado, así como un tronco viciado comunica el vicio á sus ramas y como una fuente envenenada á las aguas que de ella manan.

—¿Cómo se llama ese pecado?

—Pecado original.

—¿Todos nacemos con ese pecado?

—Sí, todos nacemos con él.

REFLEXIÓN.—Los hijos siguen la condición de sus padres. Si el padre es libre, el hijo nace libre; pero si es esclavo, el hijo nace esclavo. Un hijo de padre rico no hereda más que pobreza cuando el padre antes de morir juega y pierde todos sus bienes.

—Naciendo todos con el pecado original ¿no ha habido alguna excepción?

—Sí, una sola: la Santísima Virgen María, Madre de Dios. Sólo ella fué concebida sin pecado original.

Correspondencia administrativa

Sr. D. M. T.—Forcinas.—Pagó hasta fin de Diciembre 1910.

Sr. D. E. L.—Villarín.—Id. id. id. id.

Sr. D. R. L. F.—Posada.—Id. id. id. id.

Sr. D. J. V. M.—La Carrera.—Id. id. id. id.

IMPRENTA DE L. SANGENÍS
GIRON